



Jonathan Franzen
Más afuera / Más enllà

Traducción al castellano de Isabel Ferrer Marrades, y al catalán de Marina Espasa

SALAMANDRA / COLUMNA
352 / 376 PÁGINAS
20 EUROS

Stephen J. Burn (ed.)
Conversaciones con David Foster Wallace

Traducción de José Luis Amores

PÁLIDO FUEGO
238 PÁGINAS
18 EUROS

David Foster Wallace
La escoba del sistema / L'escombra del sistema

Traducció al castellano de José Luis Amores, y al catalán de Ferran Ràfols Gesa

PÁLIDO FUEGO / PERISCOPI
521 / 600 PÁGINAS
23,90 / 19,90 EUROS

posible penetrar en las zonas más hondas de una mujer poco común que va haciéndose a sí misma, forjándose en la renuncia sentimental y el sufrimiento físico por un legendario mal venéreo que nunca la atacó. Es asombroso descubrir con qué coraje defiende sus derechos ante los editores, cómo diseña sutiles estrategias de lanzamiento sugiriendo reseñas a los amigos, o la manera casi feroz de polemizar con opiniones críticas que no son de su agrado y declarar la guerra a quienes tienen la osadía de no doblegarse a sus réplicas. Me parece admirable el control riguroso que quiso ejercer sobre cuanto surgía de su imaginación, como si de antemano supiera que solo aquel mundo –renovado cada atardecer con la pregunta de si llovía en Ngong– de eficientes y brillantes palabras constituiría su único e inmensurable patrimonio personal. Como así ha sido. |

Perfil El gran autor norteamericano Foster Wallace es plenamente retratado a través de los ensayos de su amigo Franzen así como a través de las entrevistas recogidas en un nuevo libro. Y en breve aparecerá su primera novela traducida

Franzen y Foster Wallace: intersecciones

ANTONIO LOZANO

La publicación simultánea de este conjunto de ensayos de Jonathan Franzen –reciente aún el eco de su soberbia novela *Libertad*– y de un libro de entrevistas con David Foster Wallace –DFW a partir de ahora, el atormentado genio detrás de *La broma infinita*, posiblemente la novela americana más influyente de finales del siglo XX, y también de revolucionarias piezas periodísticas, como las contenidas en *Algo supuestamente divertido que nunca volveré a hacer*, depresivo crónico que se suicidó en septiembre del 2008– facilita tal cantidad de ángulos de entrada e intersecciones jubilosas que lleva la cabeza del crítico cerca del punto de ebullición. La aproximación más anecdótica sería quizás especular, desde la superstición, sobre las nefastas consecuencias que implica, para el ya de por sí complejo desafío que supone una amistad entre dos escritores que ocupan la tribuna de la narrativa de su país, el hecho de que trasladen su rivalidad a las pistas de tenis: Julian Barnes y Martin Amis acabaron tirándose metafóricamente la raqueta a la cabeza tras disputar innumerables sets, mientras que Franzen y DFW no parecieron encontrar sobre la tierra batida modos de rebajar la tensión auspiciada por sus súper egos. En la orilla opuesta, la aproximación

más rigurosa partiría de celebrar la excepcionalidad de que los dos escritores sobre cuyos hombros ha recaído posiblemente con más fuerza la reformulación, en el cambio de siglo, de las dos corrientes básicas de la novela americana desde los años 60 –una línea más clasicista, más apegada a los ambientes y las emociones de los maestros precedentes en el caso de Franzen; una línea más posmoderna, sostenida en la retórica, la pirueta formal y la exploración autoconsciente de las disfunciones de última ge-

Wallace y Franzen alimentaron su amistad a base del constante debate de ideas sobre el sentido de su oficio

neración en el caso de DFW– fueran dos individuos que alimentaran en gran medida su relación personal a base de un permanente y concienzudo debate de ideas sobre el sentido de su oficio.

Tanto *Más afuera* como *Conversaciones con David Foster Wallace* suponen, en última instancia, intentos por entender la huella que la literatura deja en nosotros, las posibilidades de representación de la experiencia humana en palabras y cómo conseguir que los libros si-

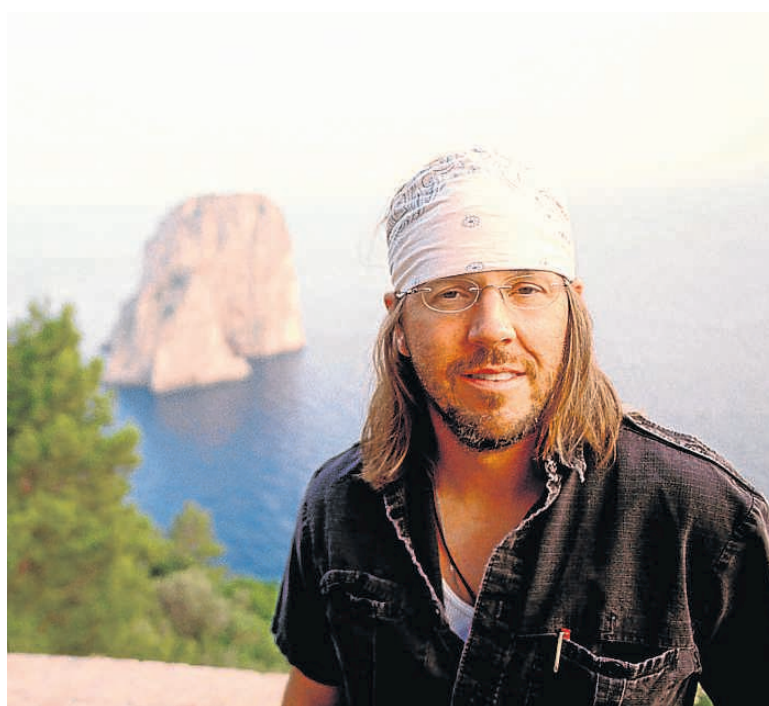
gan irradiando magnetismo en un mundo sobrestimulado con ofertas de ocio.

Miscelánea de ensayos, artículos, conferencias y reseñas de los últimos cinco años, *Más afuera* prolonga desde la no ficción esa mirada tan clínica de *Las Correcciones* o *Libertad* sobre la mezcla de confusión y estulticia con la que se mueve el ciudadano occidental, tomando la tecnología y la pasión del autor por la ornitología como frecuentes estrados desde los que lanzar ataques contra el cliché y lamentarse del daño que el sentimentalismo y la pérdida de la privacidad tienen sobre nuestra salud mental.

Un hombre condenado

Sobre *Conversaciones con...* resulta imposible dilucidar qué procura más placer, si leerlo en clave denotativa (sin el suicidio del autor vertiendo su alargada sombra sobre cada entrevista) o connotativa (electrizados por su sino trágico). De la primera opción surge una mente extraordinaria que analiza en profundidad las influencias en su obra del contexto cultural y mediático, por un lado, y de su formación en filosofía y matemáticas, por el otro, rebatiendo cualquier intento por identificarla con una pirotecnia exhibicionista al considerarla realista y volcada en la comprensión del ser humano. Si, en cambio, uno la lee con un ánimo más mórbido, encontrará señales de un DFW tímido e inseguro, incómodo con la celebridad, a la defensiva con algún periodista, temeroso de que sus libros se malinterpretaran, un DFW que disemina pistas falsas sobre su traumática biografía y que, indirectamente, invita a reflexionar sobre el juego de máscaras que activa toda entrevista.

Una y otra estrategia lectora no se neutralizan, por supuesto. Es más, dos de los mejores ensayos de *Más afuera*, a un tiempo elegíaco y rabiosos, vienen a rellenar algunos de los incontables espacios en blanco sobre el autor de *La broma infinita*, gesto del colega agradecido / amigo herido, el cual detectó en la incapacidad de DFW para entender la belleza detrás de un pajarillo la prisión que lo abocaría al fin. Lo que separó el tenís y la muerte, lo ha unido las palabras y un oportunísimo timing de publicación. |



Foster Wallace con su pañuelo habitual

GIOVANNI GIOVANNETTI / GTRESONLINE